

Domingo 07.02.21
EL CORREOOPINIÓN **A** 37

Oreja en la carretera

Ojalá resolver problemas fuera tan sencillo en la vida como lo es en los chistes

kioskoymas#laura.parrondo.r@gmail.com

JUAN BAS



Desde hace tres años tengo, con escasas variaciones, los mismos queridos alumnos en un llamado taller de escritura creativa. Me resulta preciosa la denominación de creativa. Me sorprende cuando en los créditos de una serie española en vez de «idea original de» o «una serie original de» pone «creada por». Y me pasma cuando le he oído a algún colega decir «voy a crear» o «estoy creando», como si fuera Dios omnipotente en la oscuridad previa al mundo o a media obra de alumbado. No sé si en tres cursos les he enseñado a mis alumnos algo de fuste, pero al menos si han hecho suyo, y se ha incorporado a modo de código privado de la clase, el principio de «oreja en la carretera». Lo digo cuando, ante una construcción sintáctica enrevesada o poco feliz, les recomiendo cambiarla por otra nueva en vez de reformarla con dificultad y precario apuntalamiento.

El código se basa en este chiste de humor negro. La Guardia Civil levanta atestado de un espantoso accidente de tráfico con miembros de las víctimas desperdigados por la zona. El sargento dicta: «Brazo en la rama de un árbol... Pierna en el prado... Oreja en el arcén...» El número que toma nota pregunta: «Mi sargento, ¿arécen es con hache o sin hache?». El sargento duda, le pega una patada a la oreja y dice: «Oreja en la carretera».

La oreja suelta del chiste me trae a la memoria la que se halla entre la hierba crecida, medio putrefacta y cubierta de hormigas, en la morbosa película de David Lynch 'Terciopelo azul'. También la que se corta a sí mismo con la hoz, a modo de muda declaración de protesta y resistencia, el imparable campesino de ojos muy azules de 'Novecento'. Y desde luego la que le corta Michael Madsen con una navaja de afeitar al policía que tortura mientras baila como un oso jugueteón una canción de la radio (después desinfecta la herida con la gasolina que va a usar para quemarlo vivo), en 'Reservoir Dogs', la deslumbrante primera película de Tarantino.

Ojalá en la vida se pudieran resolver problemas, atajar conflictos, modificar situaciones o cambiar de dirección el curso de algo que abruma con la brusca sencillez con que lo hace el sargento del chiste o con escribir una nueva frase de otra manera más sencilla y mejor que la anterior. Sin embargo, las orejas suelen estar bien ancladas en las cabezas. Lo único que hacen es crecer con los años, como la intransigencia, y las dificultades y quienes las producen no suelen dejarse patear. Lo más que se puede hacer, como en otro chiste memorable, el del torpe hijo del peluquero, es pisarla para que no la vean y sea peor después de que te la han cortado.

Siempre Junqueras

JAVIER ZARZALEJOS

Su carácter taimado obligaría a tomar en serio el radicalismo 'indepe' del líder de ERC, del que Urkullu escribió que encarna «lo peor de la política»

kioskoymas#laura.parrondo.r@gmail.com

Con una enorme generosidad, el sindicalista y político catalán Joan Coscubiela se refería a Oriol Junqueras en una reciente entrevista como «Mazariño». Al parecer, así le llamaban sus compañeros en el Parlamento de Cataluña donde Coscubiela, portavoz de la versión catalana de Podemos en la legislatura del 'procés', se distinguió por su impecable intervención frente a la ignominia de aquel pleno del 6 y el 7 de septiembre de 2017 en el que fueron aprobadas por la mayoría independentista las leyes de transitoriedad jurídica y de referéndum de autodeclaración que pretendían dar una apariencia de legitimidad jurídica al episodio secesionista. Aquella intervención, llena de espíritu cívico en defensa de todos los ciudadanos cuyos derechos habían sido arrollados por el independentismo, le valió a Coscubiela el reconocimiento de muchos, pero selló su suerte política dentro de su propia formación, incapaz de digerir tal dosis de buenos principios democráticos.

Íñigo Urkullu, por el contrario, se pronunció en términos mucho más concluyentes y menos amables hacia el líder de Esquerra Republicana. «Lo peor de la política se ha encarnado en él», escribió el lehendakari en aquellos días en que ejercía de mediador entre los nacionalistas catalanes y el Gobierno de Mariano Rajoy. Conocimos esa descarnada caracterización de Junqueras cuando se hicieron públicos los documentos y notas sobre el proceso que Urkullu depositó en el monasterio de Poblet. Decir de alguien lo que Urkullu dejó por escrito no es cualquier cosa. Uno se pregunta cuál fue la experiencia del lehendakari con el independentista para llegar a esa conclusión que dejó negro sobre blanco, de su puño y de su letra o, como diría un buen jeltide, de su alma y de su pluma.

Y, sin embargo, Junqueras emerge una y otra vez como la esperanza de moderación y transversalidad que desde dentro



del nacionalismo reconduciría el proceso independentista hacia un territorio de mayor pragmatismo y conciliación. Mientras era parte activa del desafío soberanista catalán eran muchos los que creían que el mejor desenlace estaría en un tripartito con el PSC y los 'comunes' de Ada Colau y Pablo Iglesias. Hoy, de nuevo esa pretendida transversalidad figura entre las hipótesis preferidas no solo de la izquierda, sino de gentes de buena voluntad que mantienen viva la leyenda de Junqueras como moderado.

En una excelente crónica sobre el proceso ('El naufragio: la deconstrucción del sueño independentista', Editorial Península), la periodista Lola García cuenta cómo Junqueras puso el grito en el cielo cuando Artur Mas planteó la posibilidad de rebajar la consulta del 9 de noviembre de 2014 a «proceso participativo» y como, cuando se consideraba una lista unitaria de CIU y ERC para unas posibles elecciones tras el 9-N con Mas como candidato a la presidencia de la Generalidad, Junqueras exigió como contrapartida que se

incluyera el compromiso de una declaración unilateral de independencia. Muchos recordarán a aquel Junqueras sollozante que en Catalunya Radio declaraba que «todo lo que no sea un referéndum es perder el tiempo; dejemos de hablar y hagámoslo de una vez». O cómo, mientras seguía ejerciendo como vicepresidente de la Generalitat, su compañero de partido Gabriel Rufián agitó a las masas independentistas para impedir que Puigdemont convocara elecciones autonómicas en vez de proceder con el referéndum con aquel famoso tuit que denunciaba la traición del hoy fugado de Waterloo por «155 monedas»; en suma, un Judas.

Por si fuera poco, muy pronto la investigación judicial de la sedición desveló que toda la ingeniería para la culminación del proceso independentista y la organización de las instituciones que habrían de plasmar la república catalana independiente se habían gestado en la Consejería de Economía, cuyo titular no era otro que Junqueras y cuyo número dos, José María Jové, fue imputado por este mismo motivo horas después de que participara en la primera reunión de la mesa bilateral con la Generalitat comprometida por Pedro Sánchez.

Se pueden entender que, en comparación con el desvarío en el que se encuentra instalado el independentismo de Puigdemont, casi cualquier cosa sale ganando, incluido Junqueras. Sin embargo, precisamente su carácter taimado —«lo peor de la política»— debería obligar a tomarse en serio su radicalismo 'indepe', la dudosa autenticidad de sus protestas de amor a lo español que declamó en el banquillo de los acusados y su supuesta voluntad constructiva. Todo lo demás, como diría el propio Junqueras, corre el riesgo de ser, cuando menos, una pérdida de tiempo, una forma persistente de hacerse trampas en el solitario; algo que, por otra parte, se ha convertido en una afición muy extendida en la política española durante demasiado tiempo.

kioskoymas#laura.parrondo.r@gmail.com

El lado bueno de las cosas

ALBA CARBALLAL



Para alcanzar los objetivos de vacunación, España necesita suministrar dos millones de dosis cada semana, pero el ritmo actual vuelve fabuloso el día en que se ponen cien mil. Al tiempo que se rechazan todas las propuestas de la sociedad para ayudar a controlar el virus o paliar sus efectos —pienso en los enfermeros de las Fuerzas Armadas, en los farmacéuticos, en los médicos jubilados o en las asociaciones vecinales—, desde la

clase política se nos pide paciencia. Un año después, lo socialmente aceptable sigue siendo la resignación. Tratar de encontrarle el lado bueno a una pandemia, más que difícil, es absurdo; y, sin embargo, aún se nos pide que, por arte de birlibirloque, transformemos la angustia en entereza.

Yo aspiro a poder decir en voz alta, sin que nadie me tache de nihilista o pose sobre mis espaldas un supuesto egoísmo frío, que la felicidad ya no existe para mi;

o al menos que, sin duda, es peor ahora. La felicidad minúscula es bella cuando la posibilidad de disponer de la propia libertad no está cerrada, es decir, cuando la elegimos. Impuesta, se vuelve un sucedáneo triste de algo que siempre está más allá. La alegría de antaño hinchaba los pulmones, la de ahora los atenaza y convierte cada bocanada, ante la duda de si a partir de ahora esto será todo, en un pequeño harakiri. Reivindicar la tristeza en un mundo triste es una forma de no acostumbrarse; quiero que vuelvan las causas perdidas, las ciudades lejanas y los amigos que te echan del sofá porque su hospitalidad también tiene un límite; no quiero olvidar los trenes de segunda clase, el verano ni mis ganas de ir a Santiago de Chile. Estamos tristes para poder, algún día, retomar la vida donde la dejamos.

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 608 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW